

LAS DOCE PRINCESAS BAILARINAS

Érase una vez un rey que tenía doce hijas, cada una más hermosa que la otra. Dormían todas juntas en una misma sala, con las camas alineadas y, por la noche, a la hora de acostarse, el rey cerraba la puerta y echaba el cerrojo. Mas por la mañana, al abrir de nuevo el aposento, advertía que todos los zapatos de las princesas estaban estropeados de tanto bailar. Nadie en el palacio podía poner en claro el misterio.

Al fin, el rey mandó pregonar que quien descubriese dónde iban a bailar sus hijas por la noche podría elegir a una por esposa, y así sería el heredero del trono. Pero impuso también una condición: quien se ofreciese a develar el misterio perdería la vida si no esclarecía el caso al cabo de tres días con sus noches.

Al poco tiempo, se presentó un príncipe, que se declaró dispuesto a intentar la empresa. Fue bien recibido y, al llegar la noche, se lo condujo a una habitación contigua al dormitorio de las princesas, en la que le pusieron una cama. Para que ellas no pudieran escapar en secreto, dejaron abierta la puerta que comunicaba las dos salas. Pero, en un momento, al príncipe le pareció que tenía plomo en los ojos y se quedó dormido. Cuando se despertó por la mañana, se encontró con que las doce muchachas habían ido al baile, pues todas tenían agujereadas las suelas de los zapatos. Lo mismo se repitió la segunda noche y la tercera, por lo cual el príncipe fue decapitado sin compasión. Después de él vinieron muchos dispuestos a tentar la suerte, y todos dejaron la vida en la empresa.

En esto, un pobre soldado que había recibido una herida y no podía seguir en el servicio acertó a pasar por las inmediaciones de la ciudad donde vivía aquel rey. Se topó con una vieja que le preguntó adónde iba.

—Ni yo mismo lo sé —respondió él y, en broma, añadió: —Me entran ganas de averiguar dónde se desgastan los zapatos bailando las hijas del rey. Así, un día podría subir al trono.

—Pues no es tan difícil —replicó la vieja—. Para ello, basta con que no bebas el vino que te servirán por la noche y simules que estás dormido.

Luego, dándole una pequeña capa, le dijo: —Cuando te la pongas, quedarás invisible y podrás seguir a las doce muchachas.

Con aquellas instrucciones, el soldado se tomó en serio la cosa y, cobrando ánimos, se presentó al rey como pretendiente. Lo recibieron con las mismas atenciones que a los demás y le dieron vestidos principescos.



A la hora de acostarse, lo condujeron a la antesala de costumbre. Cuando ya se disponía a meterse en la cama, entró la princesa mayor a ofrecerle un vaso de vino. Pero él, recordando el consejo de la anciana, se había atado una esponja bajo la barbilla, y echando en ella el líquido, no se tragó ni una gota. Luego se acostó y al cabo de un rato se puso a roncar, como si durmiese profundamente. Al oírlo, las princesas soltaron grandes carcajadas y la mayor exclamó:

—¡He aquí otro que podría haberse ahorrado la muerte!

Se levantaron. Abrieron armarios, arcas y cajones, y sacaron de ellos magníficos vestidos; mientras se ataviaban y acicalaban ante el espejo, saltaban de alegría pensando en el baile.

Solo la más joven dijo:

—No sé. Vosotras estáis muy contentas y yo, en cambio, siento una impresión rara, presiento que nos ocurrirá una desgracia.

—Eres una boba —replicó la mayor—. Siempre tienes miedo. ¿Olvidaste ya cuántos príncipes han tratado en vano de descubrirnos? A este soldado, ni siquiera hacía falta darle narcótico; no se habría despertado el muy zopenco.

Cuando todas estuvieron listas, salieron a echar una mirada al mozo; pero este mantenía los ojos cerrados y permaneció inmóvil, por lo que ellas se creyeron seguras. Entonces, la mayor se acercó a su cama y le dio unos golpes. Inmediatamente, el mueble empezó a hundirse en el suelo y todas pasaron por aquella abertura, una tras otra, guiadas por la mayor. El soldado, que había visto todo, se puso su capa sin titubear y bajó también detrás de la menor. A mitad de la escalera, le pisó ligeramente el vestido, por lo cual la princesa, asustada, exclamó:

—¿Qué es esto? ¿Quién me tira de la falda?

—¡No seas tonta! —exclamó la mayor—. Te habrás enganchado las enaguas.

Llegaron todas abajo y se encontraron en una maravillosa avenida de árboles cuyas hojas, de plata, brillaban y reflejaban esplendorosamente. Pensó el soldado: "Es cuestión de proporcionarme una prueba", y rompió una rama, produciendo un fuerte crujido al quebrarla.

La menor volvió a exclamar:

—¡Pasa algo extraño! ¿No oísteis un crujido?

—Son disparos de regocijo por la pronta liberación de nuestros príncipes —replicó la mayor.

Llegaron luego a otra avenida cuyos árboles eran de oro y, finalmente, a una tercera en la que eran de diamantes. De cada uno, el soldado desgajó una rama, siempre con gran susto de la pequeña. Pero la hermana mayor seguía insistiendo en que los ruidos eran disparos de regocijo. Continuaron su camino y no tardaron en llegar a la orilla de un gran río, donde las esperaban doce barquitas y, en cada una, un gallardo príncipe. Cada una subió en su barca; el soldado se sentó en la de la menor.

Dijo el príncipe que remaba:

—No sé por qué, pero esta barca es hoy mucho más pesada que de costumbre. Tengo que remar con todas mis fuerzas para hacerla avanzar.

Los hermanos Grimm

"Las doce princesas bailarinas" forma parte de un ciclo famoso de cuentos tradicionales maravillosos, que pertenece a los hermanos Grimm. Jacob (1785-1863) y Wilhem (1786-1859) Grimm eran estudiosos del lenguaje y las tradiciones de su país, Alemania.



Creían, como muchos pensadores de la época (y parecería que no estaban nada equivocados), que para conocer cómo es una nación, qué la identifica, hay que saber qué trae del pasado, cómo evoluciona, de qué manera mantiene o cambia sus tradiciones y por qué. Por eso, iban por los pueblitos escuchando relatos de su pobladores y tomaban nota de las distintas versiones de los mismos cuentos. Reunieron esos relatos, recreados artísticamente por ellos, en un libro publicado en 1857: *Cuentos de hadas de los hermanos Grimm*.



—Debe ser el tiempo —respondió la princesa—. Hoy está bochornoso, yo también me siento deprimida.

En la orilla opuesta se levantaba un magnífico y bien iluminado castillo, desde cuyo interior llegaba una alegre música de timbales y trompetas. Entraron en él, y cada príncipe bailó con su preferida. Y también el soldado participó de la fiesta y bailó, invisible. Cuando la princesa menor levantaba un vaso de vino, él se lo bebía antes de que llegase a los labios de la muchacha, cada vez más azorada. Sin embargo, ante sus protestas, su hermana mayor le imponía silencio. Duró la danza hasta las tres de la madrugada, hora en que todos los zapatos estaban agujereados, y se dio por terminada la fiesta. Los príncipes llevaron de vuelta a las jóvenes al palacio de la orilla opuesta; esta vez, el soldado se embarcó con la mayor. En la ribera, ellas se despidieron de sus acompañantes, prometiéndoles volver la noche siguiente.

Al llegar a la escalera, el soldado pasó por delante de las princesas y se metió en la cama. Cuando ellas entraron fatigadas y arrastrando los pies, reanudó él sus ronquidos; ellas, al oírlo, se dijeron:

—¡Con este sí estaremos seguras!

Se desvistieron, guardaron sus ricas prendas y, dejando los estropeados zapatos debajo de sus camas, se acostaron. A la mañana siguiente, el soldado no quiso decir nada, deseoso de participar de nuevo en las magníficas fiestas, a las que concurrió la segunda noche, y también la tercera. Todo transcurrió como la primera vez: el baile duró hasta que se desgastaron los zapatos. La tercera y última noche, el soldado decidió llevarse una copa como prueba.

A la mañana siguiente, llegó la hora de rendir cuentas. Tomó el mozo las tres ramas y la copa y las presentó al rey, mientras las doce princesas escuchaban detrás de la puerta lo que decían.

—¿Dónde han estropeado mis hijas sus zapatos? —preguntó el rey.

—Bailando con doce príncipes en un palacio subterráneo —respondió el soldado, y relató cómo habían sucedido las cosas, aportando las ramas y la copa como pruebas.

Mandó entonces el rey que comparecieran sus hijas y les preguntó si el soldado decía la verdad. Al verse ellas descubiertas y comprender que de nada les serviría mentir, confesaron la verdad. Entonces, el rey preguntó al soldado a cuál de ellas quería por esposa.

—Como ya no soy joven, quiero por esposa a la mayor —contestó. Ese mismo día se celebró la boda y el rey nombró al soldado heredero del trono.

En cuanto a los príncipes del castillo vecino, permanecieron encantados durante tantos días como noches habían bailado con las princesas.

Jacob y Wilhem Grimm

VOCABULARIO

Misterios

Cualquiera sabe, o cree saber, qué es un *misterio*. De todos modos, busquen esa palabra en el diccionario y anoten:

- el significado que les parezca adecuado a este cuento;
- de dónde proviene la palabra;
- otras palabras del cuento que estén emparentadas con el misterio.

Mundos

El mundo secreto de las princesas se caracteriza por el

lujo y el esplendor. Transcriban tres expresiones que caractericen ese mundo secreto.

Príncipe y soldado

- Busquen en el diccionario las palabras *príncipe* y *soldado*. Anótenlas, junto con su definición, y averigüen de dónde vienen esas palabras, es decir, cuál es el significado originario.
- Para pensar de a dos: ¿qué hace el rey con los príncipes? ¿Y con el soldado? Escriban las palabras correspondientes: ¿son sinónimos?, ¿son antónimos?

“Las doce princesas bailarinas”

1 Después de leer el cuento, respondan a estas preguntas.

a) ¿Qué pretende descubrir el rey y qué hace para lograrlo?

b) ¿Quiénes fueron los primeros que intentaron descubrir el misterio? ¿Tuvieron éxito o fracasaron? ¿Por qué?

c) ¿Qué personaje ayuda al soldado? ¿Qué objeto y qué consejo le da para que pueda llegar al mundo subterráneo?

d) ¿A qué trata recurre el soldado para no beber el vino que le ofrecen las princesas?

e) ¿Cuáles son las pruebas que da el soldado de la existencia de ese mundo?

f) Entre el principio y el final del cuento, ¿se produce algún cambio que afecta la vida de las princesas? ¿Y la de otros personajes?

2 En este cuento, como en todo cuento, los personajes, o por lo menos algunos, intentan cumplir su voluntad o deseo. Algunos lo logran y otros no. Completen el siguiente cuadro.

Personaje	Deseo	¿Se cumple?
Rey		
Princesas		
Príncipes que aceptan el desafío		
Príncipes bailarines		
Soldado		
Vieja		

3 ¿Cuáles son los elementos de este cuento que nunca podrían formar parte del mundo real, tal como lo conocemos?



4 Subrayen las respuestas más adecuadas para cada pregunta (puede ser más de una opción).

a) ¿Por qué el rey encierra a sus hijas bajo llave cuando duermen?

Para protegerlas.

Para controlarlas.

Para hacerse respetar.

Para que no se escapen.

b) ¿Cómo es el trato que le da la hermana mayor a la menor?

Cariñoso.

Despectivo.

Indiferente.

Insultante.

c) ¿Cómo se presenta el soldado ante el rey la primera vez?

Con soberbia.

Con miedo.

Con ánimo.

Con inseguridad.

d) ¿Por qué logra el soldado triunfar en su empresa?

Por ser instruido.

Por ser hábil.

Por ser prepotente.

Por estar bien equipado.

5 Sustituyan estas expresiones del cuento por otras de significado equivalente.

“... al príncipe le pareció que tenía plomo en los ojos...”

“... acertó a pasar por las inmediaciones de la ciudad...”

“... ni siquiera hacía falta darle narcótico. No se habría despertado el muy zopenco.” (¡Atención, que esto no lo dice el narrador, sino una de las princesas!)



PRODUCCIÓN

a) Opinen acerca de qué representa ese mundo secreto para las princesas.

b) A partir de sus opiniones y las de sus compañeros, escriban sobre su propio “mundo secreto”.